

# COMO HA EVOLUCIONADO LA HISTOLOGIA, DESDE QUE SU ESTUDIO FORMO PARTE DEL PLAN DE LA CARRERA MEDICA, EN NUESTRA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA

DR. ERNESTO GONZÁLEZ TEJEDA\*

---

**E**N EL ÚLTIMO tercio del siglo XIX, cuando ya florecía espléndidamente la Histología en la vieja Europa, y cuando sobresalía entre todas las Escuelas; la de España en lo concerniente a lo más embrollado y menos conocido, como lo era el sistema nervioso central, con el genial Don Santiago Ramón y Cajal, descubridor de la Neurona, con su neuroeje y sus prolongaciones dendríticas y en cuyo Laboratorio se empezaban a destacar ya otros grandes histólogos, como Don Francisco Tello, como Achúcarro y como el ilustre investigador, Don Pío del Río Hortega, en nuestra pobre Escuela, que había pasado por mil vicisitudes y que todavía carecía de local apropiado y de Laboratorios suficientes, contaba con pocos pero grandes maestros, que pugnaban porque la Histología se estudiara ampliamente en nuestra Escuela, quedando incluida en el Plan de Estudios. De ella se conocían escasamente las pocas nociones que espontáneamente daba el Pro-

fesor de Anatomía Descriptiva, al terminar el estudio de algunos órganos.

Entre los que deseaban que la Histología formara parte del Plan de Estudios Médicos y que luchaban por ello, estaban los distinguidos anatomopatólogos, Don Manuel Toussaint, Don José Meza y Gutiérrez y Don Ernesto Ulrich; el gran anatomista Dr. Francisco Ortega y el sabio y eminente higienista, que múltiples veces representó a México en diferentes Congresos Médicos en el extranjero, Dr. Don Eduardo Liceaga. El, como Jefe de la Comisión nombrada por el Secretario de Justicia e Instrucción Pública y conociendo las Escuelas de Medicina Europeas y sus planes de estudios, presentó en nuestra Escuela de Medicina en 1883 un plan avanzado, que incluía la Histología y sus prácticas.

---

\* Antigo Profesor de Histología en la Facultad de Medicina de la U.N.A.M.

Afortunadamente estaba en la Dirección de la Escuela el Dr. Don Francisco Ortega quien apoyó calurosamente el proyecto del Dr. Liceaga, máxime que él ocupaba ese puesto desde 1874 y había construido el tercer piso de la Escuela de Santo Domingo, para nuevas aulas y para laboratorios y en su plan de estudios incluyó la cátedra de Histología en 1875, pero desgraciadamente no pudo realizarse, por diversos motivos; pero siguió insistiendo hasta que en 1884 se inició dicha clase, todavía siendo Director el Dr. Francisco Ortega, por el Dr. Miguel Cordero, quien puso como texto el libro de Fort, dando su clase los martes, jueves y sábados de 10 a 11:30 de la mañana, dedicando media hora para dar a conocer a los alumnos el manejo y uso del microscopio y estudiar algunos cortes hechos por él o prestados por algunos de los anatomopatólogos que antes mencioné y que lo ayudaban en lo que podían.

Al iniciarse el actual siglo, en 1900 se encargó de la clase de Histología el Dr. Don Manuel Toussaint, dándole un gran impulso, sobre todo en las prácticas, que se daban una hora dos veces por semana por ayudantes adiestrados por él y que seguían sus indicaciones.

Desgraciadamente, poco después se fundó el Instituto Médico Nacional, y habiendo sido nombrado jefe de importante dependencia en él, que absorbía casi todo su tiempo, hubo de dejar la clase de Histología, sustituyéndolo el no menos competente Dr. Don José Meza Gutiérrez, quien por sus muchas ocupaciones y sólo por el deseo de mantenerla viva la explicó por poco tiempo, mientras se encontraban un profesor de planta.

En 1901, el erudito y estudioso Dr. Don Francisco Hurtado tomó la clase de Histología, continuando la trayectoria trazada por los Doctores Toussaint y Meza Gutiérrez, dando la teoría basado en la obra de Cajal y encargando prácticas al Dr. Ignacio Magaña a quien habían encauzado los profesores antes mencionados. Esta asignatura la dio durante diecisiete años, amén de otras clases de que estaba encargado en nuestra Escuela, pues su ilustración era tan vasta que pronto dominaba cualquier materia.

Yo, procedente de Orizaba, mi tierra natal, donde hice toda mi instrucción primaria y preparatoria, en el aquel tiempo, famoso Colegio Preparatorio de Orizaba, por su selecto profesorado, llegué lleno de ilusiones y entusiasmo para estudiar medicina en

la Escuela Nacional de Medicina, de Santo Domingo. El día de la apertura de cursos en 1910, me apresuré a ocupar lugar preferente en el aula donde a las 10 de la mañana se efectuaría la ceremonia. Allí conocía al anciano Dr. Eduardo Liceaga, Director en aquel entonces de la Escuela, hombre eminente y a quien la ciencia médica mexicana debió su engrandecimiento en los finales del siglo pasado y en los albores del actual, pues representó a México en muchos Congresos Médicos, en distintos países. En ellos estudió los planes de estudio de las principales Universidades Europeas, y deseando que México no se quedara a la zaga, propuso en 1883 un plan de acuerdo con la comisión que presidió. El quería hacer dinámico el estudio médico y para ello, después de conocer detalladamente al individuo sano y posteriormente al enfermo, se estudiara en cadáveres la anatomía descriptiva, la topográfica y finalmente la patológica, en las clases respectivas. Tanto en la Anatomía normal como en la Patológica el estudio sería primero macroscópico para conocer el órgano o ver los trastornos que había sufrido y ahondar después con el estudio de cortes estudiados microscópicamente. Al mismo tiempo que la morfología se estudiaría la Fisiología observando cómo funcionaba el aparato u órgano sano y sus alteraciones al enfermar y que explicarían la sintomatología en la enfermedad. En su breve discurso que pronunciara al inaugurar los cursos mencionó estos temas aunque con voz queda pero con acento de firmeza y energía insistió en la importancia de las prácticas de laboratorio y finalizó anunciándonos que desde ese año volveríamos a presentar examen final.

Mi grupo, como el de los años anteriores, era escaso. Sesenta y cinco alumnos de primer ingreso y tres o cuatro repetidores de años anteriores, por lo que pronto nos conocimos y formamos pequeños grupos con quienes estudiábamos y en las clases prácticas trabajábamos juntos.

En el primer año de la carrera llevábamos la anatomía descriptiva de Testut y Disecciones en cadáver cada tercer día, Farmacia Galénica e Histología.

El Dr. Don José de Jesús Sánchez impartía la Anatomía Descriptiva en el tercer piso a las 3:00 P.M. en una aula bañada por el sol a la que subíamos por escaleras de madera para ocupar la galería circular. En el fondo, sentado ante un escritorio estaba el Dr. Sánchez y a sus lados los prosecto-

res, Dr. Felipe Gutiérrez y Dr. Rafael Rojas Loa. A medida que algunos de los alumnos daba la clase, completándola el Dr. Sánchez, uno de los prosectores provisto de sus pinzas de Pean volteaba la piel para dejar al descubierto el músculo que ya previamente había disecado él, e iba siguiendo con las pinzas las descripciones del Dr. Sánchez mostrando las inserciones, las ramas arteriales o venosas o el blanco nervio, tomando su lugar después uno de los alumnos, para seguir enseñándonos a uno por uno todo lo que había mostrado el prosector, por lo que aprovechábamos bastante pues además del estudio teórico veíamos de "bulto" en el cadáver lo que habíamos estudiado.

La clase de Farmacia Galénica la daba el Profesor Donaciano Morales y la práctica el Profesor Durán. Mientras hablaba el profesor, el ayudante iba tomando diversas sustancias para después de pesarlas en una balanza granataria vaciarlas en el mortero de porcelana, donde las batía con la mano del mortero, para después raspar, bajar y mezclar con una espátula los polvos y batirlos nuevamente en el mortero. Si iban a emplearse para hacer paquetes, vaciaba los polvos en una hoja de papel, que doblaba por la mitad, tomando los extremos con la mano izquierda, para ir poniendo en diez, doce o veinte papeles de igual tamaño, arreglados en una o dos hileras, una tras otra, determinada cantidad, procurando que fuera la misma en cada uno de ellos y con el sobrante y golpeando con la derecha la mano izquierda iba dejando caer otro poco en cada uno de los papeles en donde se veía que tenía menor cantidad y una vez nivelados, nos mostraba cómo se iban doblando cada uno de los papeles para las puntas voltearlas hacia atrás montando una sobre otra y aplanar el paquete con ambas manos; otras veces mezclaba, según la clase que daba el Profesor Morales, las diferentes sustancias que mencionaba en el mortero y ponía sobre éstas unas gotas de glicerina para batirlas y dejarlas después con la espátula hasta que quedara convertida en una masa maleable que recogía en sus manos rodándola entre sus palmas y luego la iba haciendo más y más larga como un cilindro hasta llegar al tamaño que daría el número de píldoras que había anunciado el maestro, la colocaba sobre la parte metálica del píldorero y sobre él otra parte que llevaba en el centro canaladuras de hierro, iguales a las de abajo, para deslizar la parte superior sobre la inferior, cortándose en las partes ya marcadas.

Cogía entre sus dedos cada parte, haciéndola rodar para convertirla en bolitas que iba colocando en una caja con polvos de altea o de licopodio para que cada píldorita se secase y no se pegara con la vecina y una vez revolcadas en dicho polvo, ponía en una cajita de píldoras un poco del polvo usado y las píldoras que había marcado el maestro. Esta clase la aprendíamos directamente durante la hora que duraba, pues mientras hablaba el Dr. Morales, el Dr. Morán iba realizando ante nosotros, todo lo que aquel decía.

Pero desgraciadamente encontramos dos lunares: las Disecciones en cadáveres y principalmente, la Histología.

En relación con la asignatura de la anatomía descriptiva que nos absorbía casi todo nuestro tiempo en su preparación, estaban las Disecciones en cadáver, que realizábamos cada tercer día con los doctores que mencioné antes al hablar de la anatomía. Las hacíamos en un local en la azotea cubierto con un tejado inclinado y sin paredes al frente y en el que había seis u ocho planchas de madera forradas de lámina, ya oxidada y perforada en parte, sostenidas por una columna granítica por la que por su vejez se inclinaba hacia uno u otro lado y con ella el cadáver enjuto, pudriéndose ya y cubierto de un enjambre de moscas que zumbaban al acercarnos a la plancha para disecar la parte que nos indicara uno de los prosectores, ocupando cada una de esas planchas un grupo de ocho o diez alumnos.

Era algo nauseabundo, horripilante, pues al pellizcar una parte para cortar la piel e ir descubriendo el músculo o el hueso que se nos había indicado, la piel se nos quedaba pegada como chicle y por más que nos laváramos, la fetidez cadavérica no desaparecía, y al ir a tomar alimentos por la noche lo hacíamos con gran repugnancia por el olor nauseabundo que persistía en los dedos, y si proseguíamos en la carrera era sólo porque teníamos verdadero deseo de llegar a ser médicos. Ante este horripilante anfiteatro de disecciones muchos de los compañeros abandonaron la carrera pasándose a otras Escuelas de la Universidad, pues no lograron sobreponerse al horror y al asco de tal sitio.

Y finalmente llegamos a la clase de Histología, asignatura que contrastaba tremendamente con las otras clases y que daba el Dr. Don Francisco Hurtado, cuya sapiencia no sólo abarcaba las asignaturas de Medicina que servía, sino que además era un gran melómano que asistía a todos los concier-

tos y óperas, ocupando asiento en primera fila del segundo piso y llevando la partitura correspondiente, para siguiendo paso a paso a los diferentes intérpretes. Pues bien, a las once en punto llegaba a ocupar su sillón ante la mesa de la aula situada en el segundo piso, sobre el local de la Conserjería; abría el libro de Cajal en la parte que traía marcada con un papel doblado a lo largo agachándose sobre él, se ajustaba los anteojos y se ahondaban más los múltiples surcos transversales de su frente y decía: bien, toca ocuparnos del núcleo celular y recorriendo la lista y marcando una rayita ante el elegido, proseguía: vamos a ver que nos dice el Sr. X. Este empezaba a cancanear sobre algo que no había estudiado bien y el maestro leyendo el libro lo interrumpía diciendo: se saltó Ud. esto que es muy importante. . . o bien, tras dejarlo hablar algunas frases le decía: no, no joven. . . para que se le facilite figúrese Ud. que el núcleo es una pelota ¿verdad? o globito que si lo tira cae y rebota ¿verdad? ¿con el núcleo qué pasa? ¿qué lugar ocupa? . . . Ud sabe botánica y recuerda que en muchos frutos se encuentra al abrirlos una semilla más o menos dura, ¿verdad?, que generalmente se tira y muchas veces prende y pasado el tiempo encontramos allí un frondoso árbol lleno de los mismos frutos, que como sabe tienen una pulpa muy sabrosa que se come, ¿verdad?. Pero el hueso que tiramos vemos que valía mucho pues a la larga nos brinda con los frutos que saboreamos años atrás y con el núcleo celular ¿qué pasa? . . . ; si sabe Ud. cómo se escribe la música recordará que una de las notas son redondas y tienen más duración que las otras ¿verdad? . . . Bueno, pero no perdamos más tiempo en comparaciones y sacando su reloj veía que iban a dar las doce y dirigiéndose al alumno le decía: estudie más, trate de comprender. . . pues no podemos perder tanto tiempo. Espero que no se le olvidará más la forma del núcleo ¿verdad? pasado mañana continuaremos e iremos más de prisa.

En clase y en los exámenes finales era lo mismo, había muchísimo de histología; pero queriendo facilitarnos la comprensión, divagaba sobre electricidad, astronomía, química, geometría y el pobre alumno no podía contestarle nada sobre tales temas y o salía reprobado o con bajísima calificación, pero si contestaba uno y hablaba de corrido, sin dejarlo intervenir entonces pasado algunos minutos decía: muy bien, basta y ponía una señal en la lista llamando a otro alumno para que continuara dando la

clase. Yo y otros compañeros nos habíamos fijado en esto y tanto en clase como en el examen final hablábamos de corrido y cuando algo se nos olvidaba, recurriamos a una comparación con otro asunto distinto mientras podíamos encarrilarnos y continuar con el tema que nos había marcado. Así procedí en mi examen final de Histología y por eso fui uno de los pocos calificados con perfectamente bien.

Las prácticas de Histología establecidas formalmente desde muchos años antes las daba un viejecito humilde muy cumplido, el Dr. Ignacio Magaña, una hora, dos veces por semana, en un lóbrego cuarto en el rincón del corredor del segundo piso, junto a la Biblioteca, a las cinco de la tarde. Pendía en el centro un foco eléctrico y uno de los muros estaba cubierto con estantes cerrados con vidrieras donde guardaba los reactivos y los frascos con solución de formol, conteniendo trocitos de tejidos y órganos distintos. En las cómodas de abajo, había entre otros objetos veinte cajas de madera muy bien pulidas guardando microscopios de tubo vertical que no podían inclinarse y terminado abajo por una tuerca donde se atornillaba los objetivos de pequeño o gran aumento (que era muy pequeño). Al iniciar la práctica el Dr. Magaña sacaba su llavero y abría un estante y entre los frascos de boca ancha como de doscientos cincuenta centímetros cúbicos de capacidad, escogía uno y se venía a la mesa y con unas pinzas de disección sacaba un trocito, apergaminado como corcho. Frecuentemente lo volvía al frasco y escogía otro, varias veces los observaba a la luz hasta que decía: este está bueno, es un pedazo de riñón. Colocaba sobre una tabla muy pulida y cogiendo con las pinzas el trozo con la mano izquierda, con una hoja Gillete empezaba a tratar de obtener una laminita delgada que a menudo quedaba aparte de irregular muy gruesa y levantándola hasta cerca de sus lentes la observaba y decía: ¡no!, quedó gruesa, y procedía a cortar otra, como aserrando el trozo, hasta que al fin decía: éste sí va a servirnos pues tiene en las orillas dos partes delgadas, donde podremos ver algunos glomérulos. A unos cinco alumnos nos daba un corte como el antes descrito y un porta y un cubre objetos, vigilando que colocáramos el corte, lleno de elevaciones en el centro. Luego el Dr. Magaña tomaba un frasco gotero con solución de hematoxilina. Bañaba completamente el corte, nos decía que a los diez minutos tomáramos agua pura de otro gotero para irlo vertiendo sobre el corte. Después inclinábamos el porta ob-

jetos a fin de que el agua escurriera y que siguiéramos lavándolo hasta que el agua saliera completamente incolora. Entonces el Dr. Magaña nos ponía en cada corte unas gotas de solución de eosina y nos pedía que al minuto laváramos nuevamente hasta que ya no saliera el agua de color. Para deshidratar la preparación la cubríamos con alcohol absoluto y ya que estaba secándose le poníamos otro poco de alcohol, dejábamos escurrir bien el alcohol y lo cubríamos con una gota de xilol. Escurriamos y luego se ponían unas gotas de bálsamo de Canadá y cubríamos el corte con el cubre objetos que desgraciadamente por la desigualdad, quedaba oscilando y con muchas burbujas en algunos lugares. Mientras tanto el mozo había sacado los microscopios según el número de las preparaciones hechas y con pequeño aumento trataba de enfocar la parte visible y otro tanto hacía el Dr. Magaña, quien levantaba el tubo del microscopio para desatornillar el lente de pequeño aumento y poner en su lugar el de gran aumento y una vez hecho esto lo movía hacia abajo hasta lograr ver el campo microscópico y volviéndose a nosotros nos explicaba: aquí hay un pedazo en que se ven bastante bien unos glomérulos; tengan la bondad de pasar primero con Don Camilo (el mozo) para que vean los glomérulos a pequeño aumento con los trozos de tubos urinarios que allí aparecen y después vengan aquí para que vean a gran aumento el glomérulo de Malpigio y dos o tres cortes de tubos urinarios con sus núcleos muy teñidos. Y así pasábamos uno tras otro. Al terminar nos indicaba que la próxima vez haríamos un corte de hígado de puerco, pues nos sería más fácil ver la estructura histológica. De los cinco cortes que habíamos hecho y montado, los regalaba a varios de nosotros. En una ocasión me tocó a mí uno, que por mucho tiempo conservé como un recuerdo de aquella clase de Histología, pero desgraciadamente posteriormente lo perdí, cuando podría haberse conservado en el museo de Histología como una de las primeras preparaciones de cortes histológicos hechos cuando apenas se iniciaba el estudio de esta asignatura.

Como se ve los dos manchones en el primer año de la carrera médica los constituía en primer lugar el destartado y fétido antiteatro de disecciones y muy principalmente la enseñanza de la Histología, pues pasamos por ella sin darnos cuenta de su importancia básica y de su grandísimo interés para los estudios de Medicina.

El año de 1910 en que inicié mis estudios médicos, imborrable para mí por el recuerdo vivido de los estudios de que hablé antes y que ocupaban totalmente mi tiempo aún en los días festivos para preparar o recordar temas olvidados o no comprendidos bien, así como también por haber sido el año en que en septiembre se celebraron regias fiestas con motivo del Centenario de la Independencia de México. A ellas vinieron misiones de todos los países. También está marcado en mi memoria por ser el último año del gobierno Porfirista, quien con su política de pan o palo, hizo la paz en la República, acabando con los ladrones famosos que asaltaban las diligencias en que viajaba por verdadera necesidad, pues en varios lugares por donde pasaban eran asaltados y robadas, y al último ya no teniendo más, les quitaban toda la ropa dándoles unos periódicos para que se envolvieran en ellos y así bajaran a las ciudades donde iban. Para acabar con esto y con los asaltos en los poblados y en los campos al principio de su gobierno recurrió Don Porfirio a fusilamientos y después a llamar a los principales jefes de ladrones de cada estado para proponerles o el gobierno del estado donde actuaban como gobernadores siempre que acabaran por completo con esos asaltos a las diligencias y con los robos en las ciudades y si no lo lograban o no admitían, los enviarían de por vida a San Juan de Ulúa. Todos aceptaron el puesto y ellos a su vez hicieron lo mismo con los jefes de las diferentes poblaciones del estado por lo que bien pronto desapareció por completo esa plaga, pudiendo viajar sin el menor temor a cualquier hora del día y de la noche por campos y ciudades.

Finalmente recuerdo ese año porque fue un año de tranquilidad en la capital de la república que se reflejaba en la Universidad y en cada una de las escuelas, pues a mediados de 1911, cuando estudiaba segundo año lo hicimos con la zozobra de los continuos cambios de gobierno que traían también el cambio de Director de la Escuela de Medicina y aún de muchos de los profesores, durando algunos en la Dirección sólo meses por los frecuentes cambios en los planes de estudios.

Aunque tuvimos Directores famosos, ninguno pudo hacer nada, bien por el corto tiempo de que dispuso o bien por la escasez de recursos, cada vez mayor. En 1913 se construyó en la azteca el Anfiteatro de Disecciones con mesa de mármol para los cadáveres y con llaves de agua en cada una de ellas

y se le dotó de un arsenal completo, de instrumentos. En el fondo del anfiteatro se guardaba en tableros sobrepuestos, cajas con los cadáveres con desinfectantes y trozos de hielo. Se mejoraron también los laboratorios, principalmente el de Histología, dotándolo de microscopios modernos, microtomos y toda clase de reactivos para las prácticas. Se nombraron además varios ayudantes en las clases prácticas, así como algunos profesores nuevos. Se modernizó la Escuela de Santo Domingo y para ello se quitaron las gastadas lozas del patio y corredores para ponerles mosaicos blancos hexagonales. Se quitaron los barandales de hierro de la escalera monumental y de la que limitaba los corredores del segundo piso, poniendo en su lugar balastradas de cemento.

La estatua de San Lucas que estaba en una aula, se le puso sobre un pedestal de mármol en el centro del patio y con letras doradas sobrepuestas en la parte frontal del pedestal, con la siguiente leyenda: Este Santo fue Médico. También se puso una armadura de hierro cubriendo todo el patio para poner cristales pero esto no se pudo terminar.

Respecto a la Histología debemos recordar que durante este período ingresó a nuestra Escuela como maestro de Histología el eminente médico español Dr. Don Tomás G. Perrín, quien ya médico en España, para doctorarse asistió dos años a la Universidad Central de Madrid así como al laboratorio del ya notable Cajal para estudiar a fondo a su vera la Histología. Años después se vino a México dando en la Escuela Dental clase de Histología de la boca donde bien pronto alcanzó gran renombre pasando después como lo indiqué antes, a dar la clase de Histología haciéndola amena y comprensible, pues al mismo tiempo que hablaba, en el pizarrón iba dibujando con gises de colores la parte de que en teoría estaba ocupándose, con su lenguaje fácil, castizo y de gran precisión. En las prácticas de Histología se hizo sentir grandemente su influencia, logrando hacer ayudantes magníficos a los doctores Anastasio Vergara, Dr. Manuel Pallares, Dr. Enrique Abarrán y principalmente en el estudiante José San Pedro, quien se consagró de lleno a la Histología, sin proseguir estudios médicos y a quien tomó el Dr. Perrín como su ayudante, durante los cuarenta y dos años en que dió la clase.

Sucedió en la Dirección al Dr. Urrútia, el Dr. Don Julián Villarreal, quien concluyó las obras emprendidas por aquel y además construyó el "Aula Mi-

guel Jiménez" en medio año escaso que duró en este puesto.

Pasaron efímeramente por la Dirección de la Escuela varios grandes maestros hasta el año de 1915 en que un gran médico, el Dr. Angel Hidalgo fue nombrado Director de la Escuela, llevando como Secretario al Dr. Don Ricardo E. Manuell y aunque sólo ocupó el puesto tres meses, consiguió que el Gobierno comprara para ampliar la Escuela de Medicina, la casa adjunta, que hoy ocupa la Escuela de Enfermería ampliando algunas aulas y laboratorios, y además dotando al de Histología de algunos implementos necesarios.

En el aquel tiempo impartían la clase teórica de Histología además del Dr. Hurtado, el Dr. Perrín y el Dr. Ignacio Prieto. Tras dos Directores, magníficos maestros, de grandes ideales, que no pudieron realizar nada por el poco tiempo que ocuparon la Dirección, fue nombrado Director el gran cirujano Dr. Don Rosendo Amor en 1916 y afortunadamente permaneció en tal puesto durante cuatro años por lo que pudo modificar el Plan de Estudios, máxime cuando contó con la ayuda de su Secretario, el Dr. Don Fernando Ocaranza, pues lo inspiraba la idea de que la Anatomía y la Fisiología fundidas estrechamente deberían formar el alma de los estudios médicos, por lo que impulsó la Fisiología, construyendo un Departamento Experimental en animales y creó la clase de Anatomía Patológica Especial, complemento del ciclo clínico, con el estudio de biopsias y autopsias.

Con este motivo dió gran importancia a los trabajos esencialmente prácticos para lo cual arregló convenientemente los laboratorios dotándolos de todo lo indispensable y renovando aparatos deteriorados.

Por este tiempo y con el fin de exigir la asistencia a las prácticas puso como condición para presentar una materia teórico-práctica, que se hubiera asistido cuando menos a un 80% de los trabajos prácticos, lo que hizo que todos pusieran gran interés y asistieran puntualmente a todas las prácticas.

Junto con la labor del Dr. Amor, quien además nombró Jefes de prácticas para uniformar los trabajos. En Histología dió tal nombramiento al Dr. Perrín a quien respaldó. El Dr. Perrín hacía porque todos, sobre todo en las prácticas, trabajaran con entusiasmo y él en su clase teórica fue el introductor de la cinematografía, pues pasaba en las clases algunas películas que trataban del tema correspon-

diente. Entre éstas destaca en 1919 la proyección que hizo el Dr. Perrin de una de las primeras películas hechas por el francés Comandon sobre la cariocinesis.

En aquel tiempo también se destacó el Dr. Jesús Arroyo dando teoría de la Histología desde 1917, en clases comparables a las del Dr. Perrin, dibujando en el pizarrón con gises de colores las partes histológicas de las que estaba hablando, con claridad, precisión, y con voz que se oía perfectamente en el salón.

En suma, en la época de la Dirección del Dr. Amor dió un gran paso adelante la cátedra de Histología, haciéndose fácil y grata para los estudiantes.

Recuerdo con gratitud al Dr. Amor porque antes de dejar la Dirección, en enero de 1920, me nombró Profesor Ayudante de Histología. Me recibí como Médico Cirujano en 1916 y para foguearme y tratar enfermos sin la ayuda de otros compañeros o maestros, salí voluntariamente a ejercer en pueblos como Amecameca, Edo. de Méx. y en Huamantla del Edo. de Tlaxcala, donde luché con la Influenza Española. Yo me contagié de ella con el primer enfermo que fui a atender en el Hotel y que era una persona proveniente de Puebla. Como yo, estuvo enferma casi toda la población, pues fue una terrible Pandemia, que recorrió todo el mundo, matando más gente que la primera guerra mundial.

Tan pronto como pude salí a trabajar dando consulta desde las ocho de la mañana a las diez u once de la noche, sin hacer comidas regulares y sólo alimentándome en las tiendas por donde pasaba, con huevos crudos y fruta. Era tal la cantidad de enfermos que también estuvieron muy ocupados los diez curanderos que ejercían la medicina en aquella población. Mes y medio duró la pandemia en Huamantla y sus alrededores y al terminar ésta, me encontraba exhausto.

Bastante luché en los pueblos contra la ignorancia médica aún contra las autoridades y claro está, sobre todo contra los curanderos. Decidí venir a instalarme definitivamente en la capital y recién llegado tuve la fortuna de encontrar por las calles de Santo Domingo (hoy Brasil) al Dr. Don Rosendo Amor quien risueño, abrió los brazos para estrecharme en un abrazo. Me citó para que en la noche lo viera en la Dirección de la Escuela de Medicina, pues tenía vacantes algunos puestos y quería que ocupara yo alguno de ellos. Esa misma noche al presentarme en la Dirección me recibió diciéndome que había

pensado darme los puestos de Profesor de Prácticas de Histología y de Profesor Ayudante del Profesor Ernesto Ulrrich en Anatomía Patológica Especial. Quedéme perplejo y dubitativo al considerar mi ignorancia en la Histología y le indiqué que no me sentía capaz de aceptar su generoso ofrecimiento. Por él, que seguramente había revisado mi expediente en dichas asignaturas y había encontrado el perfectamente bien que obtuve como antes lo indiqué con el Profesor de Histología, Dr. Hurtado, sonriendo, insistió en que aceptara pues los cursos empezarian dos meses después y durante ellos podía yo ponerme al corriente en dichas materias. Como había platicado antes con mi amigo el Dr. Manuel Pallares y me había dicho lo mismo asegurándome que en los dos meses podría prepararme. Como él, además de profesor de prácticas de Histología en la Escuela, era el encargado del laboratorio de Anatomía Patológica en el Hospital General, me indicó que fuera todas las mañanas a su laboratorio, donde me enseñaría a manejar todo el instrumental y a ponerme al corriente de la enseñanza práctica que debería impartir. Movido por este buen amigo acepté el ofrecimiento del Sr. Director en enero de 1920, siendo desde ese momento uno de los Profesores de Prácticas en la Facultad de Medicina donde además del Dr. Pallares, estaban como ayudantes el Dr. Cifuentes, el Dr. Uriegas, el Dr. Vergara, San Pedro y quizás alguno otro más que se me escapa.

Después de diez años volví a penetrar en la Escuela de Medicina, y con qué alegría encontré en la azotea de la Escuela, frente al jardín de Santo Domingo el salón destinado a las prácticas que iba a iniciar yo y en la cual habían perfectamente en mesas arregladas convenientemente y con todos los reactivos necesarios, alrededor de cien alumnos; contaba con la ayuda de Camilo, un mozo perfectamente preparado para ayudar en la práctica, y con la cooperación del estudiante José San Pedro, que sin sueldo alguno, se ofreció solo, como ayudante. El vigilaría un lado del salón mientras yo lo hacía por el otro.

Qué gran diferencia con el cuartucho y la pobreza del rudimentario laboratorio en el que había yo estudiado como alumno dicha asignatura en el año de 1910.

Deseo dejar aquí constancia de la labor de investigación que realizó mi amigo el Dr. Manuel Pallares. Desobedeciendo a sus médicos que le recomendaban reposo y trabajo sedentario, el Dr. Palla-

res acompañó al dermatólogo Dr. González Herrejon C. con él recorrió el inclemente suelo del estado de Guerrero y Chiapas haciendo estudios histopatológicos sobre el mal del pinto y la oncocercosis, lo que determinó que se agudizara la tuberculosis que padecía falleciendo poco tiempo después. La Histología y la Anatomía Patológica perdió un gran elemento que les hubiera dado prestigio a ambas materias. Por tal motivo fue de alabarse que el salón donde él daba su clase práctica se le pusiera en su honor "Aula Manuel Pallares".

Durante la misma época del florecimiento Histórico bajo la dirección del Dr. Amor, aparte del motor principal que lo fue el Dr. Perrin como Jefe de la clase teórico-práctica durante algún tiempo, ignoro si percibiendo sueldo o sin él, contribuyó enormemente al engrandecimiento de los laboratorios de Histología otro histólogo mexicano: el Profesor Isaac Ochoterena quien trabajó y entrenó a los Profesores Ayudantes hasta 1919.

Siguieron al Dr. Amor los doctores Don Guillermo Parra y Don Manuel Gea González quienes sostuvieron lo resuelto sobre las asistencias a las prácticas para poder presentar examen teórico-práctico. Ambos se preocuparon grandemente por elevar el nivel cultural del profesorado, aumentando algunos más, dado que el alumnado seguía creciendo. Al Dr. Gea González siguió en la Dirección el Dr. Don Fernando Ocaranza, quien por su capacidad, sapiencia y energía y por haber durado en el puesto ocho años desde 1925, pudo ampliar y completar la obra emprendida por el Dr. Amor sobre todo en lo tocante a la implantación del pensamiento fisiológico como eje de los estudios médicos, luchando denodadamente contra muchos de los clínicos que se oponían a la radical modificación, pero que al fin cedieron y todas las asignaturas entre ellas la Histología se encausaron hacia la Fisiología.

Se logró adquirir en la calle de la Perpetua, el edificio que había sido Cárcel de la Inquisición para adaptarla y establecer allí los laboratorios y el Departamento de Fisiología y el de Histología que ocupó amplio salón con altas ventanas laterales, donde en el centro se alineaban dos hileras de mesas unidas por su parte posterior y cada una en la parte baja tenía a la derecha una cómoda donde en su estuche de madera se guardaba un microscopio y algunos otros útiles para el trabajo. A lo largo de las paredes había otra hilera de mesas iguales por lo que los alumnos podían trabajar perfec-

tamente sin estorbarse unos a otros y contando con todo lo indispensable.

En 1930 varias veces el Dr. Ocaranza, se presentó de improviso en el Laboratorio. Lo veía sentado entre mis alumnos mientras explicaba teóricamente y con figuras trazadas en el pizarrón lo que iban hacer ese día en la práctica. Al darme cuenta de su presencia ahí, lo saludaba con una inclinación de cabeza y proseguía con la explicación sin a veces percatarme a qué hora se retiraba. Esto aconteció durante varias clases, lo cual me causó cierta inquietud. Al fin me llamó a la Dirección para decirme que lo mismo que en mi clase, había estado presentándose en la de los demás ayudantes, para seleccionar al que debía substituir en la clase teórica de Histología al Dr. Ignacio Prieto, quien había fallecido recientemente. Me comunicó que había sido yo el elegido por lo que desde el día siguiente, me presentaría a dar la clase teórica haciendo que los alumnos guardaran un minuto de silencio en honor del Dr. Prieto y que antes de iniciar la clase leyera la trayectoria profesional de él. Con este fin me entregó el expediente de dicho Doctor para que tomara datos sobre él e hiciera la correspondiente alocución.

Poco después aumentó el número de ayudantes en la clase de Histología. Recuerdo entre otros al doctor José Pagaza.

Por esas fechas invitado por el Dr. Perrin, de acuerdo con el Dr. Ocaranza, vino a México el famoso discípulo de Cajal Dr. Pio del Río Hortega quien se había consagrado a estudiar por el método de impregnación a base de carbonato de plata (ideado por él), el sistema nervioso central. Recuerdo que con sus técnicas se podía hacer fácilmente visible la neuroglia. Con ellas se ven las prolongaciones o "pies chupadores" que se apoyan sobre vasos arteriolares y capilares así como los múltiples granos (ahora llamados gliosomas) probablemente de secreción.

Hizo conocer con el mismo método, haciéndola perfectamente visible, la microglia como el tercer elemento celular del sistema nervioso, de formas generalmente alargadas y con capacidad fagocitaria. Con Del Río Hortega nuevamente triunfó la Escuela Histológica Española sobre las demás Escuelas Europeas y con él agregó al conocimiento pleno de la neurona, muchos datos sobre la neuroglia y la microglia tan magistral y objetivamente presentadas, que pudo desbaratar las objeciones en contrario.



Dio aquí un curso para el profesorado de Histología sumamente interesante. En las noches daba una conferencia teórica con diagramas proyectados o con dibujos hechos al pizarrón y al mediodía una serie de clases prácticas con su método, logrando preparaciones bellísimas que confirmaban lo que en teoría había dicho.

Además de él nos visitaron otros Histólogos Españoles pero para mí éste fue el curso que más me impresionó y considero de más trascendencia.

Al dejar la Dirección el Dr. Ocaranza la ocupó el entusiasta y emprendedor Dr. Don Ignacio Chávez a quien correspondió celebrar con Jornadas Médicas y con el remozamiento de la Facultad de Medicina que incluyó la construcción del gran auditorio; la modernización completa del Departamento de sanatorios, así como la construcción o terminación de los grandes laboratorios iniciados por el Dr. Ocaranza. Dotó de todo lo que le pidieron los Jefes de Enseñanza y para lograr la mayor unidad y provecho en el trabajo hizo que las clases teórico-prácticas fueran impartidas por el mismo profesor. Mejoró mucho los sueldos en comparación del que teníamos antes. Todo esto ocurrió en la celebración del primer Centenario de la Facultad de Medicina en el año de 1933, año de su Dirección, que fue sumamente benéfica pues acudió a las altas autoridades, a gente rica a profesores antiguos y a los actuales para reunir un tercio de millón de pesos y hacer en tan corto tiempo tantas obras.

De 1933 a 1955 ingresaron nuevos ayudantes sucesivamente de los que recuerdo a los doctores Parada Gay, Villaseñor, Vargas de la Cruz, Castañeda y al señor Carranza, mientras permanecimos en la Escuela de Santo Domingo.

Perfectamente encauzada la Histología bajo la Jefatura del Dr. Perrín y con personal ya perfectamente adiestrado, siguió su marcha ascendente y al fin llegó el momento de una nueva y gran renovación que iba a experimentar al despedirse con triste solemnidad en 1956 de su antigua Escuela de Santo Domingo, que ya era insuficiente para los miles de estudiantes y maestros. Bajo la dirección del Sr. Dr. Raoul Fournier ocupamos el amplio local en la Ciudad Universitaria, donde nos perdíamos de vista unos de otros por su inmensidad. Y sin embargo, al seguir sobrepoblándose, ha llegado a ser insuficiente.

Por varios años en la Ciudad Universitaria siguió rigiéndonos el Dr. Fournier, aumentando el número de Profesores, pues llegó a ser tan crecido el número de alumnos que en el primer año se formaron doce grupos de ciento veinte alumnos cada uno, teniendo algunos profesores dos grupos, por no alcanzar los profesores. Se pusieron médicos de medio tiempo y de tiempo completo y en Histología se nombró Jefe del Departamento al joven Dr. Antonio Villasana Escobar, médico de tiempo completo, quien mantuvo en general el ritmo del trabajo. Hizo que los exámenes fueran contestados en cuestionarios impresos siendo los mismos para todos los grupos, tomando parte en la confección de ellos cada uno de los profesores proponiendo seis o diez temas. Para facilitar las clases y uniformarlas se dio a todos los maestros más de cuatrocientas diapositivas, tomadas de la Histología de Ham para que fueran proyectadas al mismo tiempo que el profesor explicaba la clase. Creo que uno de los motivos por los que quiso el Dr. Villasana que se siguiera el texto de Ham, fue porque ya se ocupaba de la microscopía electrónica. En efecto muchas de las diapositivas eran micrografías con el microscopio electrónico, pues hasta 1964 nuestro laboratorio no contaba con tal instrumento y se quería mantener las clases de acuerdo con el progreso de Escuelas de Europa y Norteamericanas.

Pocos años antes el Dr. Villasana, había buscado personas competentes para un taller de modelado histológico, donde verdaderos artistas, captaron perfectamente su idea e hicieron con alambre y con diferentes pastas, pintadas convenientemente y de dimensiones de medio metro o un metro de altura, muy diversas células entre las que había neuronas con sus prolongaciones dendríticas y su neuroeje. De ese modo desde la mesa el profesor puede mostrar objetivamente a los alumnos las células y demás elementos, que luego buscarían cada uno de ellos en sus microscopios.

Todas estas grandes modificaciones en la enseñanza ocurrieron bajo la dirección del Dr. Raúl Fournier Villada, quien ocupó el puesto por dos períodos. Al dejar la Dirección el Dr. Fournier siguió en el cargo el Dr. Donato Alarcón y después el Dr. Carlos Campillo Sáinz.